

Mirador



Otras virtudes del perezil

El perezil, aparte de sus virtudes medicinales, tiene también usos culinarios. Mi viejo libro de cocina dice que entra en la salsa verde, en la salsa mayordoma y en la salsa tártara. John Partridge, en su *Treasury of Hidden Secrets and Commodious Conceits*, publicada en 1586, ofrece la receta de una salsa para el conejo asado, confeccionada a base de perezil, que volvía loco a Enrique VIII, aquel monarca barrigón que quiso tanto a Ana Bolena (y esto nos lo dice la propia Ana Bolena) que, después de convertirla en reina de Inglaterra, le cortó la cabeza para hacerla mártir y mandarla al cielo.

Tiene también, faltaría más, sus connotaciones eróticas: "Digame, galana hermosa (pregunta el desvegonzado galán a la doncella en una vieja copla), ¿hay perezil y cilantro, y otra cosa? Dígalo por si es curiosa en plantar y trasplantar, que le podría dar otras raíces en trueque...".

Puestos, sin embargo, a contarlo todo (y que no se escandalice nadie), diremos que cuando el perezil se mezcla con alfalfa y se salpica la mezcla con un poco de agua salada, excita incluso a las mansas ovejas, que, después de escarbar la tierra con las pezuñas, empiezan a perseguir como locas a los infelices carneros.

Por algo diría Margarita de Navarra (autora del *Heptameron*, que escribió a semejanza del *Decameron* de Boccaccio y sabía de amores y de muchas otras cosas) que el amor es fuego que quema los corazones. No se libran ni las mansas ovejas...

Javier Tomeo

Desde Lascaux el mismo lunes

Alfonso Pascal Ros: Poesía lírica

La tierra ha sido medida por los hombres... No hay sitio en ella para el hombre solo

Luis Cernuda

La poesía de Alfonso Pascal Ros vive en diálogo y compañía de las tradiciones poéticas más apegadas al fracaso. Los hombres que han visto cómo la palabra reducida a conciencia crece en ellos, sólo abarcan una definitiva certeza y ninguna verdad: la vida en uno, la voz para el cuidado de un abierto dominio donde ensayar "las mezclas de sus poderes criaturas". "Los demás hacen libros, yo hago mi mente", así Paul Valéry.

La Luz

A nadie escapa la extensa nómina de los escritores; su innegable talento, el cadáver de su ingenio repartido en los escaparates. Hombres listos en su mayoría, siempre vigilantes. Una especie tan necesaria como numerosa; voraz y extravertida, hábiles para hacer propio lo ajeno, diestros en las maneras de la introspección, diligentes siempre. Hombres sólo extensos a golpe de erudición. Incapaces, en cualquier caso, de habitarse. Algo pequeños siempre que se avergüenzan y disimulan, o hacen pasar por cualquier doméstica cosa la implícita rareza que supone escribir. Rareza porque toda palabra, se asuma o no, aspira a ser definitiva en su tentativa de lucidez; en ese "enfrentarse con su contradicción específica, la del mutuo extrañamiento entre experiencia y lenguaje", así Salvador Páñiker.

Todos saben ya de ese oficio en el que se ha convertido también el ser poeta, con su triste rendición en el reverso de los currículums, que es no haber plantado batalla; reducir, simplemente, el verso a la ocurrencia o a la innovación malograda de las ferias de muestras, ceder a la urgente còpula entre lo fónico y lo semántico, al juego "mezcla de trémolo y pasmo".

El poeta es hoy sólo una cabeza olvidada de la "larga duda" que supone, según entiende Paul Valéry, el poema "entre el sonido y el sentido". Escribir es simplemente haber escrito, concluir en un verso el éxito de un mero tanteo cognoscitivo; la reproducción afectada de lo hondo, a salvo de la extrañeza en el mundo de todos.

Son las obras de los escritores, las más de las veces, muestrarios de una audaz *tekhne* exaltaciones dramáticas de la *musá*, y deliberado olvido, confinamiento y deportación por simple pecado de *hybris* e incompatibilidad con la vida entre los hombres, de la *mania*.

¿Qué autores confesarían su nómina en este pacto reducto, en esta recolección de alternados prestigios? ¿Quién estaría



El poeta Pascal Ros en la presentación de su obra

dispuesto a "no ser nadie"? Como cualquiera de los muertos que acompañan a Pascal Ros en este legado ético para Miguel, su hijo.

"Donde puse mi corazón, lo perdí", así Oteiza. Y todos los fracasados que se congregan en este libro: César Vallejo, Cernuda, Blas de Otero, Fonollosa. "Aunque yo no llegara a nada en la vida—confiesa el invisible Eduardo Apodaca—sería al menos Silvestre Paradox", el más cándido e inútil entre los hombres instrumentales.

La Sombra

Es facultad del pensamiento retroprogresivo, sobre cuya eficacia ya nos advertiera Salvador Páñiker, y pusiera en agónica práctica Oteiza en la figura del hombre proteico que fue, engendrar "Un hombre que se define por sentirse a la vez secularizado y resacralizado, o séase, por estar abierto simultáneamente a la aventura de la razón y al misterio del origen". "El animal retroprogresivo—advierte Páñiker— sabe que puede construir un ego fuerte y racional, y al mismo tiempo, restaurar la conciencia mística atrofada."

Es uno y el mismo el terror de los hombres, y apenas decrece con la suma de sus edades. Desde la impresión de la primera huella dactilar contra la pared en el vientre de la caverna. Esa mano decididamente abierta ya no es una mano. Por ella, el primer hombre se reconoce en la imagen de su doble, crea el artificio y conjura su sombra. La impresión en la roca es ahora un lugar hábil para contener su asombro, un ingenio para que su fiebre no lo devore.

Comienza con ese gesto tecnológico primigenio la todavía in-

conclusa era de las desposesiones.

En la palma de una mano está inscrito sobre la roca la historia de los reconocimientos del hombre; la construida luz. El testimonio de su conciencia, esa violenta tara evolutiva del más incompleto de los animales gestados por la roca.

Al otro lado de la cueva está ya irreversible la luz que ciega las cosas, la promesa de una vida en los valles, la domesticación de un hombre de barro a cielo abierto. Soportamos desde entonces una mansa confusión de nítidos y luminosos días. Hasta la inauguración de esta ciega euforia en las plazas públicas; ese recinto abier-

to, sin vértigo ni distancia posibles. Reducto para que no puedan perderse nuestras sombras.

En la plaza pública se presentan armas y congregan hombres; partidas de caza. También, como en la cueva, nos entretenemos con la manufactura de nuestro doble, esta vez por asimilación del otro en el amor y otras tramas.

En ocasiones, sin embargo, recordamos experiencias como la de Lord Chandos, atendiendo a la huella dactilar de su dedo meñique a través de un microscopio. Bajo la lente aparecía el paisaje de un trozo de piel, y aunque propio, le resultaba imposible congregar tantos surcos y cavidades en un solo dedo. Hemos entonces reproducido en nosotros su mal. De repente incapaces de confeccionar una red para la captura de cualquier criatura concreta. Lo concreto—sospechamos—es el mundo en sus desapariciones.

Asegura Oteiza que "el poeta emplea la materia oscura de la luz, porque es oscura la luz, la luz vacía cuando está sola, sola antes de que el choque con las significaciones de la expresión la descompongan en el color y su sombra".

Esa luz oscura llama a los hombres—no por boca de dios, el menor y más atareado de entre todos ellos—para reconciliarlos con la inanidad de todos sus reconocimientos y construcciones. No es otra cosa la lucidez.

Late así en Pascal Ros el pulso de lo sagrado. No como expresión de una unidad que me absorba o retome a un útero—origen donde dejar de ser, sino como recuperación de lo real.

Y ese regreso a la sombra es el trabajo de un humanismo que no se conforma con la imagen de un hombre en el centro de la realidad. "Un Yo solitario—diagnostica Ortega y Gasset—pugna por lograr la compañía del mundo y de otros Yos; pero no encuentra otro medio de lograrlo que crearlos dentro de sí". Ese regreso es una profunda tentativa por naturalizar al hombre, por crear nuevamente—con "fe animal" estavez—, por "ser-en-el-mundo"... "marítimo contacto", así Pascal Ros.

Por todo ello, porque existe otra poesía más ambiciosa, "que no dice cosas que no pueda llevarse a un verso", que arde como una ofrenda de caza en Lascaux,

Cuaderno para Miguel (Oteizas)

Alfonso Pascal Ros
Birmingham Edit, 2009



A nadie escapa la extensa nómina de los escritores; su innegable talento, el cadáver de su ingenio repartido en los escaparates

conclusa era de las desposesiones.

En la palma de una mano está inscrito sobre la roca la historia de los reconocimientos del hombre; la construida luz. El testimonio de su conciencia, esa violenta tara evolutiva del más incompleto de los animales gestados por la roca.

Al otro lado de la cueva está ya irreversible la luz que ciega las cosas, la promesa de una vida en los valles, la domesticación de un hombre de barro a cielo abierto. Soportamos desde entonces una mansa confusión de nítidos y luminosos días. Hasta la inauguración de esta ciega euforia en las plazas públicas; ese recinto abier-

to, sin vértigo ni distancia posibles. Reducto para que no puedan perderse nuestras sombras.

En la plaza pública se presentan armas y congregan hombres; partidas de caza. También, como en la cueva, nos entretenemos con la manufactura de nuestro doble, esta vez por asimilación del otro en el amor y otras tramas.

En ocasiones, sin embargo, recordamos experiencias como la de Lord Chandos, atendiendo a la huella dactilar de su dedo meñique a través de un microscopio. Bajo la lente aparecía el paisaje de un trozo de piel, y aunque propio, le resultaba imposible congregar tantos surcos y cavidades en un solo dedo. Hemos entonces reproducido en nosotros su mal. De repente incapaces de confeccionar una red para la captura de cualquier criatura concreta. Lo concreto—sospechamos—es el mundo en sus desapariciones.

Asegura Oteiza que "el poeta emplea la materia oscura de la luz, porque es oscura la luz, la luz vacía cuando está sola, sola antes de que el choque con las significaciones de la expresión la descompongan en el color y su sombra".

Esa luz oscura llama a los hombres—no por boca de dios, el menor y más atareado de entre todos ellos—para reconciliarlos con la inanidad de todos sus reconocimientos y construcciones. No es otra cosa la lucidez.

Late así en Pascal Ros el pulso de lo sagrado. No como expresión de una unidad que me absorba o retome a un útero—origen donde dejar de ser, sino como recuperación de lo real.

Y ese regreso a la sombra es el trabajo de un humanismo que no se conforma con la imagen de un hombre en el centro de la realidad. "Un Yo solitario—diagnostica Ortega y Gasset—pugna por lograr la compañía del mundo y de otros Yos; pero no encuentra otro medio de lograrlo que crearlos dentro de sí". Ese regreso es una profunda tentativa por naturalizar al hombre, por crear nuevamente—con "fe animal" estavez—, por "ser-en-el-mundo"... "marítimo contacto", así Pascal Ros.

Por todo ello, porque existe otra poesía más ambiciosa, "que no dice cosas que no pueda llevarse a un verso", que arde como una ofrenda de caza en Lascaux,

Jon Obeso Ruiz de Gordoa